

NOSOTROS QUE QUISIMOS TANTO A ATTICUS FINCH. DE LAS RAÍCES DEL SUPREMACISMO, AL BLACK LIVES MATTER, DE JAVIER DE LUCAS

Cristina García Pascual

Catedrática de Filosofía del Derecho
Universitat de València

El último libro de Javier de Lucas, *Nosotros que quisimos tanto a Atticus Finch. De las raíces del supremacismo, al Black Lives Matter*, fue publicado en las últimas semanas de 2020, un año cargado de acontecimientos, la mayoría de los cuales todavía hoy no pueden darse por concluidos.

Fue el año del inicio la pandemia, pero no el de su final, y también el de los últimos coletazos de la presidencia de Donald Trump, ese presidente aferrado al poder, fiel a sus desinhibidos mensajes racistas, machistas y xenófobos, desafiado por movimientos sociales como Me Too o Black Lives Matter, ridiculizado por la prensa mas seria, acosado por múltiples procesos judiciales, asediado por su propia ruina económica y, sin embargo, apoyado por millones de americanos.

Las imágenes del Capitolio tomado por sus secuaces condensaron todas esas contradicciones, que, ciertamente, trascienden la personalidad del expresidente Trump y nos hablan de los pies de barro del país mas poderoso del mundo y de las debilidades de todos aquellos sistemas políticos y culturales que forman parte de lo que podría llamarse el área de influencia del Imperio.

Uno de los demonios liberados por el discurso de Donald Trump fue, sin duda, el del racismo, un mal que en la sociedad americana se remonta a sus propios orígenes y que nunca ha dejado de estar presente a lo largo de su historia. Sobre la pervivencia del racismo y los desafíos que plantea a una democracia como la americana, que se ha presentado a sí misma como modelo para el mundo, reflexiona Javier de Lucas en su último libro tomando como hilo conductor las vicisitudes de Atticus Finch, el conocido personaje literario y cinematográfico.

El lector del ensayo aquí comentado seguramente conocerá a Finch a través de la lectura de la novela de Nelle Harper Lee *Matar a un ruiseñor* (*To Kill a Mockingbird*), publicada en 1960, o tal vez a través de la interpretación que de él hizo Gregory Peck en la película de título homónimo dirigida por Robert Mulligan en 1962. Atticus Finch, uno de los personajes más queridos de la literatura americana, encarna la figura del abogado honesto que, en el contexto de la Gran Depresión, asume la defensa de Tom Morrison, afroamericano acusado falsamente de haber violado a una joven en la ciudad imaginaria de Maycomb. Finch es un ejemplo de integridad personal y profesional, representa al héroe solitario que es capaz de luchar por la verdad y la justicia en el marco de una sociedad prejuiciada, la norteamericana, que ha condenado al imputado solo por el color de su piel mucho antes de que se celebre el juicio por el delito que no ha cometido. La rectitud y la honradez del personaje construido por Nelle Harper Lee ha inspirado a sucesivas generaciones de estudiantes de Derecho, hasta el punto de que ha solido decirse que la lectura de *Matar a un ruiseñor* es suficiente para despertar en cualquier joven la vocación del jurista.

Pero Atticus Finch, como todo, envejece; la segunda novela de Harper Lee, *Ve y pon un centinela* (*Go Set a Watchman*), publicada en 2015, más de cincuenta años después de que apareciera *Matar a un ruiseñor*, en una extraña y turbia operación editorial urdida cuando la autora no estaba ya en pleno uso de sus facultades mentales, plasma la senescencia y la transformación del temperamento de nuestro viejo héroe. En esta segunda novela nos encontramos de nuevo en Maycomb, pero ahora en los años cincuenta del siglo XX, es decir, en el contexto de las luchas por los derechos civiles. La atmósfera racista que se respira en el sur no ha cambiado sustancialmente, pero la población negra ha tomado plena conciencia de la injusticia que ha sufrido. La personalidad de Atticus Finch ya no ilumina el arduo camino hacia la justicia con la integridad que mostraba en las páginas de *Matar a un ruiseñor*. Para sorpresa de muchos lectores, el personaje ha cambiado con la edad: ha envejecido mal, ya no aparece ante el lector como el hombre insobornable y aureolado de virtudes, ya no es ni siquiera tan apuesto. Tal vez nunca fue como lo habíamos imaginado.

Y es aquí donde la literatura y el cine despliegan todo su poder porque, aunque somos conscientes de que todo es ficción, nos sentimos traicionados. En efecto, sabemos que es ficción, pero en algún momento llegamos a pensar que Atticus había vivido en nuestro mundo, que había pisado nuestra tierra y que era uno de los nuestros; por ello, el descubrimiento de su nuevo rostro fue para muchos lectores un terrible desengaño. La lectura del segundo libro publicado de Harper Lee nos hace sentir como cuando leemos esas biografías que revelan que el pintor o el músico al que amamos era un genio, sí, pero también un avaro o un miserable con sus seres más cercanos.

Apoyándose en los dos perfiles del personaje —el Atticus Finch ejemplar y el Atticus Finch racista— o, dicho de otro modo, en nuestra admiración y nuestro desengaño, Javier de Lucas ha escrito un ensayo prodigioso en el que el lector encontrará un ejercicio minucioso de interpretación literaria y cinematográfica y, a la vez, una reivindicación del Derecho entendido como instrumento de lucha a favor de los más débiles y del abogado concebido como el operador que escucha la historia del otro y defiende su dignidad. La labor del jurista y la razón del ser del Derecho pueden ser explicadas, nos dice el autor, en términos de lucha contra toda forma de discriminación y de violencia. Estamos, pues, ante un destilado de la personal concepción del Derecho del profesor de Lucas aquilatada a lo largo el tiempo y puesta aquí mediante un juego sustentado en el entretejimiento de imágenes y episodios de una novela célebre (y de sus vicisitudes editoriales) que no hace falta haber leído para disfrutar y aprender de ella a través de las páginas de su ensayo.

El libro está estructurado en dos partes. En la primera observamos maravillados la transformación de nuestro tan querido Atticus Finch de icono de la lucha por los derechos a representante de los primeros colonos, un demócrata jeffersoniano que sospecha del poder federal y considera a los negros menores de edad, necesitados de tutela, en el mejor de los casos. En la segunda parte, el autor recorre la historia de los movimientos contra la discriminación, engranándola con las implicaciones de la emergencia del movimiento Black Lives Matter y del rol que esta organización ha jugado en el último tramo de la presidencia de Trump.

Guiados por los precisos comentarios de Javier de Lucas, en los primeros capítulos partimos de los deslumbrantes principios de justicia enunciados por Finch en *Matar a un ruiseñor*: la necesidad de ponerse en el lugar del otro («[...] nunca entenderás realmente a una persona —le dice Finch a su hija— hasta que no consideres las cosas desde su punto de vista, hasta que te metas en su piel y camines con ella»); la llamada a seguir la propia conciencia porque «[...] lo único que no se rige por la regla de la mayoría es la conciencia de una persona»; o la sencilla representación del abogado como la voz de los quienes no tienen voz. Principios ideales anclados, sin embargo, en el realismo de quien entiende bien los límites de lo jurídico y que certeramente nos indica que «[...] en los tribunales no se hace justicia, sino que se dicta Derecho». Con la luz que proyectan estas simples ideas nos enfrentamos a la otra cara de Atticus Finch, el de *Vé y pon un centinela*, que nos obliga a mirar de frente a las raíces del supremacismo, a eso que Hannah Arendt denominara el delito original de los Estados Unidos, es decir, la exclusión de la población negra desde el mismo momento en el que nació la República. Javier de Lucas indaga en este acontecimiento fundante y en sus terribles implicaciones, que constituyen una clave esencial para entender el momento presente, la deriva de la política norteamericana y sus consecuencias en el mundo. Sus reflexiones nos ayudan comprender que la transformación de Finch no es simplemente la caída de un mito individual que se descubre finalmente como un ser humano cargado de contradicciones, sino que nos encontramos ante el desvelamiento de un problema enquistado en las raíces mas profundas de la organización social persistente a través de los siglos.

Así, en la segunda parte, los avatares del personaje de Atticus Finch adquieren transcendencia histórica se confunden y se entrelazan en el relato de Javier de Lucas con la historia de los movimientos que han reivindicado el fin de la discriminación y los enormes obstáculos que estos movimientos han debido enfrentar. El autor traza un hilo argumental que nos lleva desde la ficción cinematográfica y literaria a algunos hitos de la historia de la lucha contra la discriminación. Lugar preferente tiene en esta reconstrucción la figura de Martin Luther King y su famoso discurso «I have a Dream», en el que el líder negro expresó ante miles de personas la decepción de los afrodescendientes por el incumplimiento de la promesa de libertad e igualdad contenida en la Constitución de EE. UU. Luther King recurrió a lo que Javier de Lucas califica de «metáfora grandiosa» cuando afirmó que había llegado el momento de cobrar el cheque impagado extendido por los padres constituyentes *a todos* los habitantes del nuevo mundo.

Y, sin embargo, el cheque sigue impagado para los afrodescendientes, y ciertamente también para los indígenas, para la población latina... Los hechos narrados por Nelle Harper Lee y la reivindicación de igualdad de King no nos parecieron demasiado lejanos cuando desde nuestras casas seguimos con interés las últimas convulsiones sociales en EE. UU. Es cierto que King murió hace más de cincuenta años, pero su mensaje y su legado siguen causando incomodidad y mantienen incólume su fuerza revolucionaria en una sociedad que se resiste hacer efectivo el cheque constitucional. Tanto es así, dirá Javier de Lucas en lo que constituye, sin duda, un hallazgo exegético, que podríamos hablar de los tres entierros del Martin Luther King o de los sucesivos intentos de sepultar su legado porque al entierro real le seguirán al menos dos sepelios figurados: el primero, la constatación de que, tras la victoria de Obama, la violencia policial contra la población negra siguió siendo una realidad que no desapareció simplemente con la elección de un presidente negro; el segundo, la victoria de Donald Trump en 2016 y su discurso profundamente racista.

Las referencias literarias y cinematográficas, las ricas citas a pie de página y los valiosas y originales interpretaciones se suceden a lo largo de este ensayo para ilustrar las raíces de unas desigualdades tan profundas y tan difíciles de erradicar que el autor llega a preguntarse si no estaremos ante un sistema de castas, si la tríada racismo-supremacismo-segregacionismo no es más que la expresión de la estructura sobre la que se asienta la democracia americana. Una condensación de esta hipótesis de exclusión sistémica de la población afrodescendiente se expresa bien en la cuasi institucionalización de la conversación («The Talk») que, como nos explica Javier De Lucas, todos los padres afroamericanos mantienen con sus hijos al llegar a la adolescencia, ese momento en que deben explicarles cómo actuar en presencia de la policía ante una posible detención o ante la más simple y aparentemente inocua señal de alto en la carretera. La práctica repetida de esta conversación nos habla del miedo, de la necesaria pérdida de la inocencia de quien alguna vez creyó ingenuamente que las fuerzas de seguridad de su ciudad no eran una amenaza, sino que estaban ahí para protegerle.

Javier de Lucas también dedica relevantes comentarios a explicar que el experimento democrático norteamericano está inextricablemente vinculado a la historia de la esclavitud. La ruptura de este nexo exige el pago del cheque que, como si de una bandera se tratara, enarbolaban en sus manos todos aquellos que se manifestaron en el movimiento Black Li-

ves Matter. En cierto modo, el autor se muestra optimista y considera que Donald Trump puso a la sociedad norteamericana ante un punto de no retorno en el contexto de una batalla por el alma de la nación —como rezaba el lema de la campaña de Joe Biden— que no puede eternizarse.

El profesor De Lucas consigue, en fin, transformar el desengaño de muchísimos lectores ante la deriva del Atticus Finch en una lección de vida. Nadie quiere enfrentarse al padre, nadie quiere que los seres que admira tengan defectos, resulta insoportable pensar que el Atticus al que habíamos amado pueda ser un racista. Hay aquí una especie de negacionismo que se expresa a nivel individual en nuestra decepción personal, pero también, como bien muestra el profesor De Lucas, a nivel colectivo en todos aquellos que relativizan el racismo, que le restan importancia o que no han querido ver la trascendencia real que tenían las obscenidades de Trump. Y sin embargo, mirarnos a nosotros mismos y ser capaces de identificar en nuestras conductas y en nuestra sociedad las raíces y las manifestaciones, por pequeñas que sean, de esa infame desigualdad resulta del todo vital.